



«Tengo que escapar.»

Esto es lo primero que pienso cuando oigo a Madre dar el pistoletazo de salida de la Selección. La voz mecánica de la aplicación central enlazada a los procesadores de los republicanos radia por los altavoces, anclados en los muros de todos los edificios de la República, los nombres de los chicos y chicas a quienes se ha seleccionado para participar. Son los mejores estudiantes de las diez ciudades empresariales que conforman la República. Yo estoy entre ellos.

Me seleccionaron el día en que nací. Mi padre dice que estoy destinado a ser presidente, porque lo llevo en la sangre. Él ha sido el mejor presidente de la era Materna que se recuerda, o lo fue hasta que se produjo el Incidente. Después de aquello, su capacidad de control pulsional quedó en entredicho, y muchos republicanos le exigieron que dimitiera. Armex, la empresa de armamento de la República, encabezó las protestas porque está deseando llegar a la presidencia para imponer sus violentas medidas de seguridad. Pero mi padre decidió mantenerse en el cargo, y contó con el apoyo de Madre. Hasta hoy. Madre ha determinado que la legislatura de mi padre llegue a su fin tras anunciar que su control de las pulsiones emocionales ya no es equiparable al que ella les aplica a los republicanos. Ya no tiene nada que aprender de él, y busca un nuevo presidente que la instruya para poder gestionar los procesadores. Para encontrarlo ha convocado una nueva Selección, en la que participaremos los diez mejores jóvenes republicanos. Ganará quien esté más capacitado para reprimir sus pulsiones. Madre busca al más inhumano.

Cuanto más tiempo aguantemos los candidatos en la competición, más escaños conseguiremos para las empresas a las que representamos en las Cortes, que son el órgano democrático que ejerce el poder y están compuestas por los directivos. Quien llegue hasta el final de la Selección logrará la máxima representación para su empresa y se convertirá en el presidente encargado de gestionar a Madre. Ése no voy a ser yo, a pesar de que el rendimiento de mi procesador sea el mayor de entre todos los estudiantes del instituto de mi ciudad empresarial, Ingeniex.

Me agobian los aplausos multitudinarios en los que estallan mis compañeros de clase cuando escuchan la noticia. Todos me felicitan, aliviados porque el Incidente dejó a nuestra empresa en muy mal lugar y creen que si estoy en la Selección tendremos posibilidades de ganar. Somos más inteligentes que los de otras castas, pero lo que más les impresiona es mi genoma, que se refleja en mi físico musculoso. También conocen las cualidades de mi avatar, al que he entrenado en simulaciones hasta conseguir que su potencia cinética supere todos los límites conocidos. Pero yo no quiero ganar: me da igual Madre y la gestión pulsional que haga de la República. Yo no estoy hecho para ser el presidente de nadie. Tengo que salir del instituto antes de que vengan a recluirme. Tengo que escapar de la Selección.

Empujo a mis compañeros de clase y echo a correr hasta la escalera. Bajo los peldaños de cuatro en cuatro, casi sin aliento, hasta que alcanzo la salida del edificio. Corro por el aparcamiento hacia mi aeromoto entre el resto de estudiantes, que no dejan de señalarme, desconcertados por mi huida. Antes de que pueda alcanzar el vehículo, vislumbro, entre la marea de uniformes rojos de mis compañeros de instituto, a una docena de republicanos adultos que visten uniformes verdes y van armados. Son antidisturbios de Armex encargados de la reclusión de los candidatos, y vienen a por mí. Antes de que me vean, me oculto tras uno de los pilotes que sostienen el edificio cúbico de hormigón de color rojo. Saco del bolsillo de mi pantalón la matriz generadora de copias que diseñé hace meses. Es un prototipo del que no he dado parte en el registro de *gadgets* de Ingeniex. Contengo la respiración y conecto la ranura al puerto de entrada de mi procesador, que está en la palma de mi mano. Tecleo,

en la pantalla holográfica que se materializa al instante, el código binario que necesito para crear una copia de mi cuerpo. Mi otro yo sale al pasillo del aparcamiento y conduce a los de Armex hacia la entrada del instituto, en la dirección contraria a la aeromoto. Para cuando descubren el cartón, los propulsores turbofan que tengo bajo mis pies ya están en marcha y echan fuego. Unos segundos después estoy surcando el cielo a toda velocidad. Mientras tanto, Madre sigue enumerando las virtudes de los candidatos a través de los altavoces que inundan la República. Escucho las mías con los dientes apretados por la rabia, pero las que hacen que mis manos amarradas al volante tiemblen por el miedo son las de otro de los seleccionados.

Avisto la inmensa zona helada del mundo primitivo que brilla por la luz del sol. Siento el viento frío contra mi cara, como si se tratase de unas cuchillas afiladas. La neutralización térmica ha dejado de funcionar, igual que el resto de las aplicaciones que hay en mi cuerpo. Estoy fuera del alcance de la red sincrónica que enlaza los procesadores de los republicanos con Madre. Gracias al sistema de camuflaje de mi aeromoto, burlé la seguridad de la frontera aérea de la República y conseguí escapar. Aquí, en la soledad del mundo primitivo, estoy a salvo de Madre. Sin su ayuda, a los antidisturbios les resultará difícil encontrarme. Sobrevuelo la interminable banquisa que, después de la guerra de la Inseguridad, cubrió la mitad del mundo habitado hasta convertirlo en una Atlántida de hielo. Aflojo la presión de mi mano sobre el puño, aprieto las rodillas contra el cuerpo de la aeromoto, y balanceo ésta de un lado a otro con golpes secos. De este modo consigo pasar entre las grietas abiertas en las montañas que conforman los edificios congelados. Una perpetua niebla blanquecina lo cubre todo y me ciega, pero no corro ningún peligro: me conozco palmo a palmo todo lo que hay detrás de la cortina. Esta parte del planeta, inhabitada desde hace más de un siglo, es un sinónimo de muerte y destrucción, pero para mí es el único lugar donde creo que me siento vivo. En este mundo primitivo es donde un grupo de chicos y chicas pertenecientes a empresas

diferentes, y que en el interior de la República ni siquiera nos hablaríamos, nos jugamos la vida en carreras de aeromotos durante las noches de luna nueva. Nos hacemos llamar los novilunios, y compartimos la misma marca, que nos hemos grabado al rojo vivo en el pecho, sobre el corazón. Es la rueda de Taranis, un símbolo primitivo compuesto por un círculo cuyo relieve se difunde en los extremos hasta formar seis ruedas a su alrededor. Representa la velocidad a la que los novilunios somos adictos. Madre no aprobaría nunca lo que hacemos: las aplicaciones que gestiona a través del enlace con los procesadores censuran, precisamente, las emociones que buscamos en estas carreras. Por ese motivo sólo tenemos una norma: guardar el secreto.

Aflojo la mano al avistar el esqueleto helado de un rascacielos. Dejo mi aeromoto en suspensión sobre la última planta y echo a caminar por una viga. Está cubierta de escarcha, y es tan estrecha que no me caben las dos botas a la vez. Me resulta inevitable pensar en una imagen: mi cuerpo es absorbido por el abismo que se abre a ambos lados. Si mi procesador estuviera activo, la aplicación de conciencia del peligro no me dejaría caminar. Recorro la viga hasta que al fin llego al otro extremo del edificio muerto. El viento amenaza con tirarme, y el frío con paralizar mis órganos, pero la vista de la inmensidad helada hace que se me erice el vello de la nunca. Obnubilado por el paisaje, me siento y dejo que mis piernas cuelguen en el vacío. Veo una explosión en el cielo que mancha el sur, a lo lejos es probable que los Naturales estén librando alguna de sus batallas. Suspiro por lo nimios que me parecen los problemas de los Naturales, los desprocesados que viven como salvajes en este lado del mundo desde hace una década, si los comparo con la que me cayó encima cuando Madre me seleccionó. Arrugo la frente, como si de ese modo pudiera exprimir mis pensamientos hasta encontrar en ellos el modo de evitar la Selección, pero las ideas se funden en mi cabeza antes de que puedan tomar forma. Algo me saca de mis pensamientos tenebrosos. Es el zumbido de la aeromoto de =Data, que surge del horizonte a toda velocidad. Es una T12000, del color rojo que distingue todo lo que pertenece a Ingeniex. Es bastante completa, aunque los propulsores tienen menos combustión que los de la mía, una T15000

con motor eléctrico de veinte tiempos y quince mil vatios. Me mira desde el otro extremo de la viga con sus ojos azules pequeños y alargados que parecen dos cortes en la cara redonda. Niega con la cabeza, cubierta de pelo rubio de rizos cortos, al ver lo que le voy a obligar a hacer para llegar hasta mí. Le dan miedo las alturas; pero si yo lo he hecho él también tendrá que hacerlo, porque =Data siempre lo convierte todo en una competición entre nosotros. Camina por el hielo sin levantar las botas, y arrastra los pies para que su cuerpo no quede a merced del viento. Le tiendo la mano cuando ya está sólo a unos metros del extremo y tiro de él hasta que queda a mi lado.

—¿Cuándo vas a quitarte ese miedo a las alturas, =Data? Así no ganarás ninguna carrera de los novilunios.

—S@lo, ¿aún no te has dado cuenta de que siempre te dejo ganar? Lo hago para que luego las chicas vengan a consolarme —me dice, con su perpetua sonrisa.

=Data siempre consigue hacerme réfr. Lo hace desde mucho antes de que nuestros brazos fueran lo suficientemente fuertes como para hacer derrapar una aeromoto. Hemos sido compañeros de estudios durante todo el instituto, siempre los mejores de la clase, aunque él es el único de los dos que tiene que estudiar para conseguirlo. =Data se sienta a mi lado, pero no deja que sus piernas cuelguen en el aire, sino que las recoge entre los brazos, fibrosos como todo su cuerpo.

—Madre te ha convocado para participar en la Selección y tú sales huyendo. Típico de S@lo. Negarte a hacer lo que te ordenan... —dice, muerto de frío, mientras se sube el cuello de la chaqueta roja del uniforme de estudiante—. ¿En qué consiste tu plan? ¿En quedarte aquí hasta que te conviertas en una estatua de hielo? ¿En arrojarte al vacío?

—No lo sé, pero sí sé lo que no voy a hacer. No pienso participar en la Selección —le aseguro con rotundidad mientras muevo las manos como si subrayara con ellas cada palabra—. Me niego a ser una ficha más en ese juego que Madre se ha inventado para saber quién es tan inhumano como ella.

—S@lo, estas elecciones son el cambio que necesita la República. Las cosas no van bien desde que se produjo el Incidente...

Evita mirarme a la cara, aunque sé qué palabras se está callando. Él, como muchos de los republicanos, cree que el culpable del Incidente fue mi padre, por hacer que las Cortes aprobaran la distribución de aquella aplicación defectuosa con el único fin de que Ingeniex sumara enteros en la bolsa.

—Esta revuelta no es más que una artimaña de los de Armex para llegar a la presidencia —espeto al aire, indignado, mientras me aparto el flequillo de la frente con un golpe de cabeza—. ¡Fueron ellos quienes movilizaron las protestas!

—Da igual lo que quieran los de Armex: ese chico a quien han elegido no va a ganar, por muy cachas que estén él y su avatar. Es el momento de demostrarle a Madre que Ingeniex sigue siendo la mejor empresa de la República.

Todos sabemos que, en realidad, la competición sólo se libra entre las cinco empresas de alta categoría, ya que las otras cinco las forman trabajadores con un nivel bajo de inteligencia que ofrecen servicios no especializados y apenas cotizan en bolsa. Por mucho que se esfuercen sus candidatos, no tienen ninguna posibilidad de ganar; ni siquiera Dana, cuyo anuncio provocó el mayor de los aplausos. Ella representa a Serviex, una de las empresas de baja categoría con menos cuota en el mercado de valores, compuesta por republicanos segmentados para ofrecer servicios de limpieza, servidumbre y placer a los trabajadores de alta categoría de Ingeniex, Armex, Cognex, Sanitex y Ocioex que compran sus acciones. A pesar de ser sólo una criada, Dana es la adolescente más admirada de toda la República. El parte informativo que elaboran los periodistas de Ocioex y radian los altavoces todas las noches siempre tiene algo nuevo que contar sobre ella. Gracias a su constitución genética, a Dana se le otorgó un puesto de formación en Alimentex, que está en el último peldaño de la cadena empresarial, pero para sorpresa de todos, y por primera vez desde que comenzó la era Materna, el rendimiento alcanzado por un procesador superó las puntuaciones que Madre había pronosticado para trabajadores de una facción. Dana obtuvo el privilegio de ascender de casta gracias a que trabajó duro, consumiendo menos bonos de alimento y descanso de los necesarios para sobrevivir. Desde entonces ocupa su puesto en Serviex y es la hija predilecta de Madre, de la

que habla con orgullo por los altavoces al resto de los jóvenes para que trabajen y sigan su ejemplo. En la tierra de las oportunidades que es la República, Dana demostró que quien trabaja puede conseguir todo lo que se proponga. Incluso la presidencia de la República.

—Apenas obtendrá una docena de escaños: no es más que una criada... Y, a juzgar por lo poco que ha comido para conseguirlo, seguro que es una debilucha —digo al imaginármela, esquelética y sin vida en los ojos—. Además, no tiene dinero para comprar acciones de Ingeniex y entrenar a su avatar en simulaciones. Esa chica no tiene ni idea de lo que es pelear en el mundo virtual.

—No, ella no va a ganar. Ni ningún otro de los candidatos. —=Data vuelve la vista y me mira con una sonrisa de orgullo dibujada en la boca—. Vamos a ganar nosotros dos.

Sus palabras me obligan a recordar que él también está entre los candidatos: escuchar su nombre por los altavoces fue lo que me hizo temblar. Madre anunció que en esta Selección se produciría una situación excepcional: los elegidos no serán diez, como esperábamos todos, sino once, porque mi puntuación de rendimiento de procesadores es igual que la de =Data. Competiremos juntos en representación de Ingeniex.

—¡Somos los mejores del instituto, S@lo!

Lo miro mientras cabeceo, sin entender que =Data considere esto la aventura de su vida cuando, en realidad, Madre nos ha condenado.

—No podemos participar en la Selección. ¡No podemos volver a la República!

—¿De verdad esperas que nos pasemos el resto de nuestras vidas en el mundo primitivo? —=Data repite mis palabras, y las adereza con una mueca de incredulidad—. ¡Tendríamos que comer raíces heladas, o morir de deshidratación en el desierto! Por no hablar de las guerrillas de los Naturales, ni de cómo podríamos vivir si nuestros procesadores no estuvieran enlazados a Madre. ¡Las aplicaciones de censura de nuestros pecados capitales dejarían de funcionar para siempre!

Me recuerda el sentido de la primera enmienda de la Constitución Biónica, la E-001: «Todo republicano tiene derecho a la instala-

ción de un procesador en su cerebro y la descarga de las aplicaciones básicas de censura de los pecados capitales, que gestionará Madre a través del enlace». La humanidad tiende a la destrucción sin el enlace a Madre, tal y como demuestra el paisaje helado que nos rodea.

—Además, ya nos están buscando, y los antidisturbios de Armex no tardarán mucho en asomar por aquí. —Ahora es =Data quien me mira mientras cabecea pesaroso—. Sólo, eres mi mejor amigo y quiero ganar la Selección contigo, pero si tú renuncias, yo no te seguiré. Voy a participar en la Selección.

Suspiro y afirmo con un gesto, vencido, porque sé que si =Data participa, yo lo haré con él. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras mi mejor amigo arriesga su vida. Madre ha creado la Selección para buscar al republicano con más sangre fría. Y, para encontrarlo, nos obligará a pelear a muerte por la presidencia.



El *spinner* en el que me trasladan, un aerovehículo de largo recorrido capaz de desplazarse en vertical y horizontal, lleva horas sumido en la oscuridad del cielo nocturno de la República. El trabajador de Transportex que se sienta frente a los mandos no quiso responderme cuando le pregunté adónde íbamos. Miro mi reflejo en la ventanilla, y se me hace raro: aún no me he acostumbrado a tener la cabeza rapada. El día en que se produjo el anuncio, y después de regresar a la República con =Data, los antidisturbios de Armex nos trasladaron hasta un hospital de alta categoría ubicado en la ciudad de Sanitex. Una vez hubimos atravesado la puerta acosados por los periodistas de Ocioex, que pelearon por conseguir nuestras primeras declaraciones, nos separaron. Supongo que a =Data se lo llevaron a un quirófano como aquel en el que yo estuve, y donde un equipo de sanitarios me sometió a una revisión física exhaustiva. A continuación, dos trabajadores de Serviex limpiaron mi cuerpo, me raparon el pelo y me vistieron con un mono de trabajo rojo de mi empresa con mi nombre grabado en el pecho. Los de Armex me recogieron de nuevo y me llevaron hasta este *spinner* que, un par de horas después, inicia el descenso.

Al abrirse las puertas del aerovehículo respiro profundamente y aprecio el olor a pólvora que flota en el aire. Así huele Armex, la ciudad de las fuerzas armadas, y la empresa que cotiza más fuerte en la bolsa después del Incidente. Desde entonces los republicanos prefieren confiarles su seguridad, en vez de hacerlo a las aplicaciones creadas a tal efecto por Ingeniex.

Pongo los pies sobre la inmensa explanada de asfalto, iluminada por la luz amarilla de unas farolas idénticas a las que alumbran el resto de la República. Los altavoces anclados en lo alto de ellas radian la música de *La empresarial*, la banda sonora que todos los republicanos tenemos siempre en la cabeza. Me recibe mi padre, que viste su uniforme oficial, un traje rojo de corte recto con los diez colores de la República bordados en los puños de la chaqueta y cientos de brillantes condecoraciones en las solapas. Trato de esforzarme para que la expresión de mi rostro sea tan fría como lo es la suya.

—La Selección comenzará dentro de ocho semanas. Por el momento vas a prepararte junto al resto de los candidatos —me comunica mientras iniciamos la marcha por la desértica explanada de asfalto.

Camino a su lado sin ser consciente de que nuestras piernas se mueven al compás. A quien nos viera desde atrás le resultaría difícil distinguirnos, porque mi padre y yo somos igual de altos y tenemos hechuras similares, aunque nuestros rostros no se parecen en nada. Yo soy igual que mi madre. Por culpa de mi padre no llegué a conocerla, pero he visto la mayoría de los archivos de su memoria procesada. Mi madre tenía los ojos verdes, la piel de color aceituna, y las facciones del rostro tan marcadas como las de las estatuas.

—Aprovecharás estas semanas para trabajar en ti y en tu avatar. La Selección será muy dura. De todos modos, lo más importante es que estudies a tus contrincantes. Obsérvalos, descubre cuáles son sus puntos fuertes y dónde residen sus debilidades.

Insiste en que lo primordial es que sea un buen estratega desde antes de que comience la competición; de lo contrario no conseguiré alzarme con la presidencia de la República.

—Sobre todo, controla tus alianzas. No establezcas vínculos con candidatos que no vayan a ayudarte a ganar la Selección.

—No me aliaré con nadie que no vaya a ayudarnos a ganar —le corrijo, resaltando el plural con mi tono de voz—. Recuerda que =Data y yo competiremos juntos. Seremos presidentes los dos.

Hace caso omiso de mis palabras y continúa con la perorata, aunque ya no lo escucho. La rabia me ensordece cuando recuerdo lo que fue capaz de hacer para ganar.

Unos metros más adelante, el suelo se abre para dar paso a un cami-

no subterráneo. Unas luces de emergencia amarradas al techo iluminan de amarillo las rugosas y húmedas paredes de hormigón. El corazón dispara mi sangre cuando leo la frase grabada sobre el arco de entrada:

«BIENVENIDO A KAIBIL»

Kaibil es la academia de Armex más dura de toda la República, y en ella se forma a los kaibiles, las tropas de soldados de élite encargadas de frenar cualquier posible ataque a la seguridad de la República. De ellos se dice que son estrategas con la fuerza de dos tigres. El proceso al que Madre los somete aquí para conseguirlo es un secreto que sólo conocen quienes logran sobrevivir.

—No te voy a desear suerte —me dice mientras estamos detenidos frente a una gruesa puerta de hierro igual que las de las cajas fuertes—. Si haces todo lo que te he dicho, no la necesitarás.

Le demuestro que lo que no necesito es su apoyo. Sin tan siquiera cruzar con él una mirada de despedida, atravieso la puerta que chilló al abrirse. Las paredes tiemblan cuando se cierra detrás de mí. Unas barras de hierro salen de su centro y se anclan en las hendiduras del muro. No sé adónde he llegado. Todo está oscuro.

—Bienvenido, S@lo —me habla la voz de Madre, desde el altavoz amarrado sobre la puerta, en cuanto se encienden las luces de emergencia amarillentas que penden del techo.

El aire viciado me tapona la nariz, y la humedad hace que mi piel se vuelva pegajosa. Un pequeño pasillo mucho más estrecho que el que dejé tras la puerta se abre en el frente.

—Por favor, reúnete con tus compañeros seleccionados —me insiste la voz automática de Madre.

Avanzo un par de pasos hasta alcanzar la esquina tras la que se abre el espacio. Estoy en un búnker redondo, de menos de setenta metros, iluminado por luces de emergencia, y con altavoces anclados en las esquinas que la cúpula del techo forma con las paredes. A la derecha se distribuyen en literas once catres sucios. A la izquierda hay una mesa metálica alargada a la que rodean once sillas que apenas pueden mantenerse en pie. Frente a mí hay un pequeño ascensor de carga en el que no cabría ni un niño, y al fondo veo otra puerta

metálica cerrada, sin pomo ni tirador. No hay ventanas ni respiraderos. En el centro del búnker veo once consolas de traslación que se distribuyen formando un círculo. Junto a ellas están mis diez compañeros, los seleccionados. Todos rondan mi edad, están rapados, y van vestidos con monos de trabajo del color de la empresa a la que representan; llevan sus nombres bordados en el pecho. Parecen reconocer el espacio con curiosidad y excitación, aunque cuando me ven entrar sus conversaciones se apagan poco a poco. Todos saben quién soy yo, y quién es mi padre. =Data me recibe con una sonrisa inmensa, como si éste fuera el mejor día de nuestras vidas.

—¿Eres consciente de dónde estamos? ¡Madre va a formarnos en Kaibil! —exclama entusiasmado.

Tuerzo el gesto y miro detrás de él, a los ojos oscuros del chico de Armex. Sus facciones son tan cuadradas como su espalda, y lleva el mono de trabajo verde con las mangas arrancadas, seguramente para intimidarnos con su piel morena de animal salvaje llena de cicatrices. Antes de que pueda escudriñar al resto de mis compañeros siento que mi mirada ha encontrado el polo Norte magnético: he descubierto, al lado del militar, a Dana, la chica de Serviciex, que viste un mono gris. Había oído hablar de ella miles de veces por los altavoces, pero mi sorpresa es mayúscula porque jamás imaginé que sería así. Tiene unos ojos de color miel tan grandes como los de un cervatillo, las facciones alargadas, y el cuerpo bien proporcionado y envuelto por una piel blanca llena de pecas que parecen formar constelaciones. No le hace falta tener pelo para ser tremendamente hermosa, aunque no es como las trabajadoras de placer de su empresa. Por el contrario, su belleza es extraña y enigmática, diferente de la del resto de chicas a quienes he conocido. Dana baja la vista para evitar mi mirada, como si le incomodara.

—Bienvenidos a la base militar de Kaibil —nos anuncia Madre a través de los altavoces—. Aquí os formaréis del mismo modo en que lo hacen las tropas de élite de la República. El periodo de formación durará doce semanas, y sólo aquellos que lo superen participarán en la Selección.

Mis compañeros lo celebran con un sonoro aplauso. No parecen conscientes de que vamos a pasar más de ochenta días encerrados

en este búnker, en el que muchos de los que entran morirán antes de que la puerta blindada vuelva a abrirse. Cruzo una mirada con =Data, que aplaude con ímpetu y me reprocha, enarcando las cejas, que yo no lo haga. No puedo evitar mirar a Dana de nuevo, atraído por ella como un imán. Veo que golpea las palmas de las manos como todos los demás, pero, al igual que yo, ella tampoco sonrío.

—En Kaibil os someteréis a pruebas físicas y mentales extremas que deberéis superar sin mi gestión. Por ello, a partir de este momento vuestras aplicaciones de censura de los pecados capitales quedarán inactivas.

Veo cómo se dibuja, por primera vez, una mueca de desconcierto en los rostros de mis compañeros. Todos somos conscientes de que, si no tenemos esas aplicaciones activadas en nuestro procesador, sentiremos soberbia, envidia, ira, avaricia, gula, pereza y lujuria, las siete bajezas que condujeron al hombre primitivo a la guerra de la Inseguridad.

—Estáis en Kaibil para aprender a ganar. La Selección es un proceso duro e intenso de lucha en el que la fuerza será tan importante como la estrategia.

Madre repite casi palabra por palabra las instrucciones que me dio mi padre. La escucho mientras recorro con la mirada a mis contrincantes. Temo por mi vida, por primera vez desde que anunciaron mi nombre como candidato. Hasta ahora sólo había pensado en los chicos a quienes tendría que matar para evitar que =Data perdiera la vida, pero la realidad es que aquí todos quieren ganar, y yo también puedo morir.

Madre comienza a presentar a los candidatos.

—GΔr©on proviene de un linaje superior. Sus padres ocupan cargos de capitán en Armex. Su nota media en el instituto militar es de sobresaliente, y acumula un sinfín de méritos. Se estima que su probabilidad de éxito en la Selección es de un noventa por ciento.

GΔr©on sonrío con orgullo al escuchar el dato que Madre obtuvo a través de análisis de sus capacidades y las fluctuaciones en bolsa de la empresa a la que representa. Madre ha hecho lo mismo con todos nosotros: elaborar estimaciones con un índice de confianza variable que nos ofrece para incentivar la competición. Al dárnoslas a conocer deja en nuestras manos que nuestras posibilidades aumen-

ten, y mengüen las de los enemigos. Resulta obvio pensar que aquellos a quienes Madre les otorgue las puntuaciones más elevadas se convertirán en los primeros objetivos a eliminar para el grupo.

—Wort:s representa a Accionex. Trabaja junto a sus padres como perforador en una de las mayores plataformas de extracción de combustible de la República.

Nervioso, se mordisquea las uñas, teñidas de amarillo por extraer protopetróleo del suelo. Su cuerpo escuálido y el cuello alargado, que asoma por la parte superior del mono de trabajo, es del mismo color que el combustible con el que funciona la República, y le otorga un aspecto inquietante. Su estimación de éxito es del cuarenta y tres por ciento, una cifra habitual para un aspirante de una empresa de baja categoría. Este dato no lo convierte en absoluto en un enemigo prioritario, pero desde que se produjo el Incidente casi ningún republicano confía en los trabajadores de Accionex. Apostaría a que ahora mismo todos estamos pensando en eliminar cuanto antes a ese chico de ojos marrones.

En cambio, a Doc.Cordob@, la aspirante de Sanitex, que viste de azul, le sobrarán candidatos con los que sellar una alianza. A juzgar por su baja estatura y su cara infantil iluminada por los ojos azules y el rojo de los carrillos, parece una niña. Doc.Cordob@ simultaneó los dos últimos cursos del instituto y lleva meses trabajando en uno de los mejores hospitales de alta categoría de la República. Todo apunta a que saldrá sangre a borbotones en la Selección, y ella es la única que sabe cómo reparar un cuerpo herido. Sonríe con aires de superioridad al escuchar que su probabilidad de éxito es del ochenta y ocho por ciento.

Urda8(i, el imberbe aspirante de Ociex, tiene veinticinco puntos menos. Sus padres ocupan puestos de dirección en el informativo de la República que radian por los altavoces a diario, y él lleva unos cuantos meses allí como trabajador en prácticas. Enfundado en un mono de trabajo rosa, da las gracias hablando rápido, como hacen siempre los de Ociex.

—BrΨna representa a Cognex, la empresa violeta. Sus probabilidades de éxito se estiman en un ochenta y nueve por ciento.

Veo a =Data mirar con los ojos encendidos a esa chica que se parece más a una mujer, y cuya belleza racial de ojos rasgados res-

plandece a pesar de haberse rapado la cabeza. Es justo del tipo que le gusta. En cambio, yo la clasifico como muy peligrosa, sobre todo porque se trata de una mentora de Cognex y la han formado para conocer nuestras debilidades.

—#France# ha sido elegida para representar a Transportex, la empresa que se encarga de los transportes de suministros y de los desplazamientos privados de la República.

Delgaducha, apenas levanta un metro y medio del suelo, aunque su mirada oscura resalta sobre su mono naranja y la hace parecer temible. Pienso, en silencio, que tal vez lo sea, pese a que pertenece a una empresa de servicios. Transportex pelea desde hace años por ser reconocida como una empresa de alta categoría, ya que su labor no se limita a las tareas de transporte y movilidad, sino que también explora territorios para abrir nuevas rutas. Se consideran tan estratégicos y valientes como los de Armex, con los que llevan años buscando fusionarse. El porcentaje de éxito de #France#, un cincuenta y cinco por ciento, la aleja del resto de candidatos de baja categoría.

El más débil de todos, con sólo un treinta por ciento de probabilidades de éxito, es BabO:). Se trata de un chico tan alto como un gigante, aunque escúalido, de cara chupada, labios morados y piel mortecina que cubre con un mono de trabajo negro. Tiene la mirada perdida y el gesto taciturno debido a que padece de retraso cognitivo, al igual que la mayoría de los trabajadores de Alimentex. Cuando escucha a Madre hablar de él, se tamborilea la oreja con la mano derecha. Es un simple reponedor de un gran almacén de pienso artificial, y carece de posibilidades de ganar, sobre todo si se tiene en cuenta que su empresa está a punto de desaparecer. Los republicanos de las empresas de alta categoría se alimentan e hidratan artificialmente desde hace meses, gracias a las aplicaciones de nutrimento y bebida artificial que crearon mis compañeros de Ingeniex. Los republicanos de baja categoría más desfavorecidos siguen comiendo pienso —el único alimento que se consigue con los pocos recursos naturales que quedan en la República—, pero sólo porque con su trabajo no les alcanza para comprar acciones de Ingeniex con las que podrían descargarse en sus procesadores las aplicaciones de nutrimento artificial.

—Trabaja desde hace años en la construcción como obrero vertical, un puesto sólo apto para los más valientes.

Madre habla ahora de Torò_ó, el chico elegido para representar a Constructex, a la que se le atribuye mucha fuerza, aunque carece del valor de Armex. Viste de marrón y, pese a tener un cuerpo similar al de GAr©on, sus ojos verdes claro y su piel albina, propia de los de su ciudad, le restan agresividad. Tal vez por eso sólo le conceden un cuarenta y dos por ciento de probabilidades de ganar.

La siguiente es Dana, la representante de Serviciex, aunque no necesita presentaciones porque todos estamos al tanto de sus méritos. A nadie le sorprende que, pese a que representa a una empresa de baja categoría, cuyos trabajadores sólo destacan por su docilidad, tenga un cincuenta y nueve por ciento de probabilidades de éxito. Siempre había escuchado que Dana era especial, y ahora, al verla frente a mí, me cuesta negarlo, aunque no sé explicar qué la hace tan distinta de todas las chicas.

—Y, por segunda vez en la Selección, dos candidatos de la misma empresa han igualado el rendimiento de sus procesadores y competirán en equipo por el título —anuncia Madre.

Se me revuelve el estómago al recordar cuál fue la primera vez en que ocurrió: cuando los protagonistas fueron mis padres. El rendimiento equiparado de sus procesadores los obligó a competir en equipo; pero mi madre no resultó ser una participante tan brillante como mi padre. Él sabía que si seguían compitiendo juntos no lo conseguirían, y tuvo que elegir entre continuar en la competición con ella y perder o ganar en soledad.

Elegió ganar.

—La estimación de éxito para =Data es del ochenta y seis por ciento.

Anticipo en mi cabeza la debacle que esta cifra provocará si la mía es superior: =Data hace que hasta un paseo en aeromoto se convierta en una competición entre nosotros.

—Las probabilidades de que S©lo se alce con la presidencia son del noventa y nueve por ciento.

Cuando escucho la sentencia de Madre siento que las miradas de todos los seleccionados se clavan en mí como puñales afilados.

Seré el primero a quien intenten matar.